

Hermans, Luisa (2013).
Esmeralda. Crónica
de mi supervivencia
(traducción de Víctor
Valembois).

San José, Costa Rica: Editorial
Promesa.

Gustavo Adolfo Chaves

Escritor

Recibido 24/03/2014-Aprobado 30/03/2014



La trascendencia del bien

Banalität des Bösen» (la banalidad del mal) es la famosa frase que acuñó Hannah Arendt para describir la naturaleza procesal, burocrática y mecanizada con la que los nazis cometían sus crímenes, pasando completamente por alto la realidad y dignidad física de sus víctimas.

La frase fue inspirada por los testimonios de Adolf Eichmann durante sus juicios por crímenes de lesa humanidad. Eichmann no tenía un pelo de psicópata o de criminal, dijo Arendt; era simplemente un funcionario en una organización de la que recibía órdenes, mismas que ejecutaba con prontitud y eficiencia, incluso si las órdenes eran asesinar seres humanos. Gajes del oficio, para Eichmann. Lo importante es cumplirles a los jefes y ver si nos suben el salario. O sea, banalidad.

La posibilidad de esta robotización del mal ha estado ahí desde siempre. El riesgo que corre toda ideología (y también todo código moral) es convertirse en algo más grande que los principios que defiende. Instaurado el código ya no hay necesidad de pensar en las razones que le dieron vida; solo hay que seguir el mandato. En ese sentido, hasta amar al prójimo puede convertirse en un gesto mecanizado y frívolo si se sigue por mero reflejo, sin valorar íntimamente la dignidad del prójimo y sus circunstancias. Este es el reflejo que nos hace querer salvar vidas en África, por ejemplo con solo darle un «me gusta» a alguna causa promocionada en Facebook.



La literatura sobre los campos de concentración se ha convertido en un género literario completo, con sus clásicos, sus tipos y sus variantes. Por ejemplo, el *Diario* de Ana Frank, con su relato oblicuo: su dureza radica en el hecho de acabar precisamente cuando la autora es transportada del anexo al campo de concentración. El silencio lo dice todo.

Luego están los tipos presenciales de las víctimas «directas» —por llamarlas de algún modo— del exterminio: los judíos. Estos son los relatos de, por ejemplo, Primo Levi o Elie Wiesel que, junto con *El hombre en busca de sentido* de Viktor Frankl, son quizás clásicos rudos, no inocentes, porque revelan la humanidad de las víctimas no solo en su fragilidad física, sino en su disposición de entrar en el juego de la sobrevivencia y mostrarse crueles con sus compañeros con el fin de sobrevivir.

Primo Levi dejó claro en su testimonio que quienes habían logrado sobrevivir al exterminio eran casi siempre los peores, los más egoístas, los más violentos e insensibles: los que canjeaban los cigarrillos que les sobraban por el pan que otros necesitaban, los que no lo pensaban dos veces antes de afeitarse las mejillas con vidrios rotos para cortarse la piel y dejar que la sangre los hiciera ver más rosados y saludables que los demás y así seguir trabajando y saltarse el turno de ser ejecutados, para desgracia del siguiente en la lista.

Novelas como *El largo viaje*, de Jorge Semprún, pertenecen a la categoría de libros escritos por no judíos que, por una razón u otra (comunismo, antifascismo, cristianismo no conformista, etcétera), sufrieron en carne propia los abusos reservados a la «raza maldita» y terminaron confirmando presencialmente la humanidad intrínseca del sufrimiento provocado por estos crímenes. Las circunstancias arbitrarias de estos crímenes contra no judíos revelan, entre otras cosas, la perfecta paranoia policial que llegó a dominar al sistema totalitario nazi, paranoia que, al volverse norma, se convirtió en la justificación central de la banalidad del mal.

Esmeralda. Crónica de mi supervivencia es un libro que encaja bien en esta última categoría. Se trata, como apunta su largo subtítulo, del «diario vivir —y pensar— a través de no menos de siete campos de concentración nazis» de la autora, Luisa Hermans, nacida en Bélgica y por muchos años residente en Costa Rica.

En mayo de 1943 Hermans es llevada a la cárcel Saint Gilles, en Bruselas, por oficiales de la Gestapo vestidos de civiles («así son de gentiles» p. 13), y no fue liberada hasta abril de 1945 en las cercanías de Linz, Austria, en el campo de concentración Mauthausen.

Al principio todo parecía una mala broma: ¿Por qué iba a interesarse la Gestapo en una oficinista de escasos 20 años de edad sin un pasado político claro

ni vínculos sospechosos? Nadie lo sabía, pero lo cierto es que los días pasaron, se convirtieron en semanas, luego en meses, luego en años y finalmente quedamos con un misterio entre las manos. La maldad, además de banal, es arbitraria.

Hermans, contrario a lo que se acostumbra en la literatura del holocausto, no es una pobre víctima más. Su personalidad, a través de toda su experiencia de guerra, es la de una observadora inteligente, sardónica y crítica. Aun cuando su ánimo decae, su inteligencia y dignidad siguen incólumes, por lo cual sus diarios se tornan un extraño caso de alguien que, a pesar de los sufrimientos, se siente y se sabe superior a sus victimarios.

Casi siempre esta superioridad viene dada por un vínculo íntimo entre la narradora y eso que llamamos cultura: Chopin, Verlaine, Homero... todo el conglomerado de los mejores productos de la humanidad se convierten en instrumentos de resistencia para una mente que ha aprendido a sentir y a pensar a través de ellos.

En un episodio de la serie *Luther* el personaje Pell, quien tiene secuestrado a Ripley, le dice lo siguiente:

De seguro conoces esa frase, «la banalidad del mal»... Es una perogrullada. Fatuidad burguesa. ¿Sabes cuál es el verdadero problema?... El mal de la banalidad. Nada significa nada. Todo el mundo vive entumecido. Esta es una ciudad muerta. En un país muerto. ¿Sabes por qué? Porque nos hemos desconectado de nuestros mitos. Hemos perdido hasta nuestras propias sombras.

Lo que muestra *Esmeralda* es una voluntad constante por no perder el vínculo vital con la cultura. Tantas veces se ha dicho que la nación más culta del mundo fue capaz de cometer tales crímenes, que es fácil perder de vista que también fue esa cultura la que ayudó a muchos, como a Luisa Hermans, a asumir su resistencia. Por eso, precisamente, la perseguían: por resistir.

Esa cultura se trasluce también en la muy sentida presencia de su traductor, Víctor Valembos, quien de hecho parece prestarle su propia voz a Hermans en más ocasiones de las que lo haría un traductor menos reservado. Ciertos juegos de palabras, como «los de tipo ario hasta lo árido» (p. 196) y hasta algún giro anacrónico como «amor, pues, y en tiempos del cólera» (p. 429) en un fragmento escrito en 1945 levantan tantas sospechas en un lector como las que Luisa Hermans despertaba en la Gestapo.

Este libro es, ante todo, un alegato contra la estupidez que da pie a tanta violencia y crimen, una forma de mantener los pies en la tierra mientras todo a nuestro alrededor parece derrumbarse:



¡Un momentito, señores prepotentes! Ustedes siempre alardeando con la grandeza de su pueblo, pura carnita superior. Que el Hitlerín ese es el que resucitará la Alemania grande, con Germania de capital, que la antigua Prusia era cualquier cosa al lado de lo que, a pura bota encima, están conquistando (pp. 181-182).